

HIDALGO, Miguel.

El autor de nuestro sér social, el padre de la independencia mexicana, merece un estudio profundo y extenso; pero la índole de la presente obra nos obliga á condensar hasta donde es posible su biografía.

D. Miguel Hidalgo y Costilla nació en la Hacienda de Corralejo, de la jurisdiccion de Pénjamo en el Estado de Guanajuato, el 8 de Mayo de 1753, siendo sus padres D. Cristóbal Hidalgo y Costilla y D^a Ana María Gallaga, y ya jóven hizo sus estudios de filosofía y teología en el colegio de San Nicolás de Valladolid (hoy Morelia), y con el tiempo fué rector del mismo colegio; siendo á principio del año de 1770 cuando vino á México para recibir las órdenes sagradas y el grado de bacheliller en teología. Despues de servir otros curatos, vino al de Dolores que le producía una buena renta anual. El estudio del idioma francés era muy raro en aquellos tiempos, y él por este medio pudo leer algunas obras científicas que le alentaron y pusieron en estado para hacer progresar varios ramos agrícolas é industriales. Engrandeció el cultivo de las viñas, propagando el plantío de las moreras para la cría del gusano de seda, y fomentó la de abejas. Estableció tambien una fábrica de loza, hornos para ladrillos, mandó construir pilas para curtir pieles, y fundó talleres de diversas artes.

En Valladolid se pensó seriamente por algunas personas en trabajar secretamente para una revolucion que tuviese por objeto destruir el poder establecido, y convocar un congreso que gobernase en nombre de Fernando VII. Esta revolucion debía estallar el 21 de Diciembre de 1809, pero fué descubierta, y se procedió contra las personas complicadas en ella; mas como no

habia pruebas que atestiguasen su culpabilidad, fueron puestas en libertad. La conspiracion allí sofocada, fué á refugiarse á Querétaro, donde la acogió favorablemente el corregidor Dominguez, y su casa era el lugar en donde se reunian los conspiradores. Á Hidalgo y Allende agradó el pensamiento, y trabajaron asiduamente por ella. Fué descubierta como la primera, se dice que por un eclesiástico, y las autoridades iban á proceder contra los revoltosos; pero la Sra. Josefa Ortiz, acérrima entusiasta por la causa de la independencia, mandó un oportuno aviso á Allende para que se salvara, y recibido por Aldama, capitán del mismo cuerpo, se dirigió violentamente la noche del 15 de Setiembre de 1810 á Dolores, donde estaba aquel con el cura Hidalgo, tratando de sus planes. Con aquella noticia, Allende, Aldama y Abasolo opinaron por esconderse y huir de las autoridades; pero Hidalgo, con la inspiracion del genio y la firmeza del patriota, les dijo que era el momento de obrar, y convenció á sus compañeros, á pesar de que él podia muy bien defenderse de la nota de conspiracion por su carácter, sus relaciones, y por falta de pruebas. Hidalgo entónces mandó llamar á su hermano D. Mariano y á D. José Santos Villa, y con ellos y Allende, Aldama, Abasolo y diez hombres armados, se dirigió á la cárcel, y con una pistola en mano obligó al alcaide á que pusiese en libertad á los presos; obtenido esto, reunió unos ochenta hombres, y como ya amanecía, y era el domingo 16 de Setiembre de 1810, mandó llamar á misa, á la que concurriendo los rancheros de las cercanías, aumentó sus fuerzas hasta trecientos hombres: con ellos prendieron al subdelegado Rincon y á todos los españoles que habia en la poblacion, y entónces se dió el célebre grito de Dolores, que habia con el tiempo de derrocar el poder español, y se inició con tan escasos recursos la lucha de diez años en que se vertió tanta sangre.

En seguida con esa fuerza se dirigió á San Miguel el Grande, y allí se le unió el regimiento de la Reina y mucha gente de campo, principalmente indios con palos, hondas é instrumentos de labranza, y se cometieron varios desórdenes en la poblacion. Siguió adelante aquella muchedumbre, que se aumentaba por

grados, y al pasar por el santuario de Atotonilco vió Hidalgo una imágen de nuestra Señora de Guadalupe, y fijándola en una lanza la apellidó bándera de su ejército, y éste se proveyó de estampas de la misma, que colocaban en sus sombreros, y así, por medio de su ministerio y las armas que le daba, y fomentando el odio á los españoles, se atrajo con una violencia extraordinaria aquellas masas que sentian el instinto de la libertad y querian lanzar á los dominadores. El 21 llegaron á Celaya, y allí, el 22 del mismo mes, con presencia del Ayuntamiento, fué nombrado el cura Hidalgo General, Allende Teniente General, y se hicieron coroneles, y otros muchos nombramientos. Ese ejército, si así puede llamarse á aquella chusma, ascendía ya á 50,000 hombres, y el 28 entró á Guanajuato. El Intendente Riaño se hizo fuerte en la alhóndiga de Granaditas, y allí se defendió, hasta que, asaltado, fué muerto y pasados á cuchillo sus defensores. Allí Hidalgo organizó el Ayuntamiento, nombró empleados y estableció una fundicion de cañones. El Gobierno, entretanto, trabajaba con actividad para hacer frente á sus enemigos, y al mismo tiempo que reclutaba soldados, ponía en juego las mismas armas de la Iglesia para contrarrestar las de Hidalgo, y el Obispo expidió un edicto en 24 de Diciembre, declarando á este último y á sus principales campeones excomulgados por herejes, perjuros y sacrílegos. La Inquisicion fulminó un edicto contra los mismos, y á Hidalgo le hacia infinitos cargos, entre otros el de negar que Dios castiga con penas temporales; de la autenticidad de los Libros Sagrados en que consta esta verdad; de haber hablado con desprecio de los Papas y del gobierno de la Iglesia, como manejado por hombres ignorantes, de los cuales uno, que acaso estaria en los infiernos, estaba canonizado; de asegurar que ningun judío que piense con juicio se puede convertir, pues no consta de la venida del Mesías; de negar la perpetua virginidad de la Virgen María; de adoptar la doctrina de Lutero en orden á la divina Eucaristía; de asegurar que no hay infierno, y otros; algunos que no se pueden leer ni trasladar porque ofenderian el pudor: todo lleno de contradicciones, respirando odio, venganza, y amenazando

con penas muy graves al que quitara, rasgara ó cancelara el edicto. Hidalgo contestó manifestando á sus compatriotas que jamás se habia apartado un ápice de las creencias de la Santa Iglesia Católica, y dice además: "Se me acusa de que niego la existencia del infierno, y un poco ántes se me hace cargo de haber asentado que algun Pontífice de los canonizados por santo está en este lugar. ¿Cómo, pues, concordar que un Pontífice está en el infierno negando la existencia de éste? Se me imputa tambien haber negado la autenticidad de los Sagrados Libros, y se me acusa de seguir los perversos dogmas de Lutero: si Lutero deduce sus errores de los Libros que cree inspirados por Dios, ¿cómo el que niega esta inspiracion sostendrá los suyos, deducidos de los mismos libros que tiene por fabulosos? Todos mis delitos traen su origen del deseo de nuestra felicidad."

× Parece que Hidalgo tenia escrito un plan que se ha extraviado; pero aunque no lo tengamos, por sus proclamas se ve que deseaba un Congreso que se compusiese de representantes de todas las ciudades, villas y lugares del país, que tuviese por objeto principal mantener la religion católica, dictar leyes suaves, benéficas, y acomodadas á las circunstancias de cada pueblo, para moderar la extraccion de dinero, fomentar las artes y avivar la industria. Todo esto rechaza la inculpacion de la Historia de Alaman, respecto á que dice de Hidalgo que ni él mismo sabia cuáles eran sus miras; por esta razon y otras muchas se ve claramente que su deseo era hacer la independenciam y establecer un gobierno popular. Tambien se le echa en cara el permitir toda clase de excesos; pero hay documentos en que amenazaba con castigos á los que se apropiasen las cabalgaduras ó forrajes; y si esto era en esas cosas más secundarias, ¿cómo le habia de gustar permitir el robo? Y si éste lo cometian, con otros excesos, sus secuaces, era en los momentos de efervescencia y cuando él no podia reprimirlos.

En 10 de Octubre de 1810 salió de Guanajuato para Valladolid, y despues de siete dias de camino entró en aquella ciudad, é hizo que el canónigo Conde de Sierra-Gorda, que habia quedado por Gobernador de la Mitra, levantara la excomunion ful-

minada contra él, lo que efectuó, circulándose la declaración por cordillera á todos los curas. Cuando pasó por Acámbaro fué promovido á Generalísimo con el tratamiento de Alteza Serenísima y con poder para legislar. El uniforme por este grado era vestido azul con collarin, vuelta y solapa encarnada, con un bordado de labor muy menuda de plata y oro, un tahalí negro, tambien bordado, y todos los cabos dorados, con una imágen grande de nuestra Señora de Guadalupe, de oro, colgada en el pecho. Tomó para los gastos 400,000 pesos del cofre de la catedral; fué nombrado para Intendente D. José María Anzorena, y el 19 salió Hidalgo con direccion á México.

Siguió el Generalísimo la marcha para Maravatío, Ixtlahuaca, Toluca y Monte de las Cruces, donde le aguardaba D. Torcuato Trujillo para detener su marcha, y en el encuentro reñido que siguió, éste fué batido y el camino quedó expedito hasta México; pero Hidalgo no se atrevió á atacar la capital como queria Allende, y contramarchó rumbo á Querétaro, y sin buscarse, encontráronse sus fuerzas, que ascendian á 40,000 hombres y doce piezas, con las de Calleja y Flon, que triunfaron casi sin combatir. Hidalgo se fué á Valladolid y Allende á Guanajuato, para levantar fuerzas y proporcionarse artillería. Sabedor Hidalgo de que Guadalajara habia caido en poder de sus partidarios, se dirigió á ella el 17 de Noviembre con 7,000 hombres de caballería y 240 infantes, todos mal armados, llegando á la ciudad mencionada el 26. Pronto se le fué á reunir Allende, perseguido de cerca por los vencedores de Aculco. Se estableció en aquella ciudad un Gobierno, siendo Hidalgo la cabeza, con dos Ministros, uno de Gracia y Justicia y otro denominado "Secretario de Estado y del Despacho." Entónces se presentaba con aparato, tenia guardia de honor y el tratamiento de Alteza Serenísima. Nombró como comisionado de su Gobierno cerca del de los Estados Unidos, para formar alianza con aquella República, á D. Pascasio Ortiz de Letona.

Pero Calleja avanzaba sobre aquella poblacion, y los independientes pensaron en defenderse, haciendo traer de San Blas los cañones; se construyó parque y se compusieron algunas armas.

En esta poblacion se repitieron las escenas de Valladolid, y muchos españoles inocentes fueron mandados degollar friamente. Hidalgo, por dar gusto á su gente, ansiosa de venganza, manchó su reputacion consintiendo estos crímenes, que reprobaba Allende. Pero el enemigo se acercaba, y este último jefe queria que se dejase en la ciudad el grueso del ejército, y que con las fuerzas disciplinadas se aguardase á los españoles, para que en caso de derrota, tuviesen una retirada y punto de defensa en Guadalajara; Hidalgo no opinó así, y los demas apoyaron á este último. Entónces Abasolo y Allende eligieron el puente de Calderon como mejor posicion para hacer frente al enemigo, y el 17 de Enero de 1811 se dió la batalla, en la que contaban los insurgentes con 100,000 hombres, de éstos 20,000 ginetes, y noventa y cinco cañones, pero pocos bien armados. Los enemigos serian unos 5,000 hombres de tropas regladas. Tres veces la fortuna se inclinó á los independientes, pero al fin los abandonó, y lo perdieron todo enteramente, banderas, cañones y armas, y se desbandaron completamente.

Hidalgo huyó para Aguascalientes, en donde se reunió á la division de Iriarte y tomó el rumbo de Zacatecas, y en la hacienda del Pabellon le alcanzó Allende; y el 25 de Enero, en compañía de Arias y de otros jefes, le depusieron de Generalísimo y del mando político y militar. Se dirigieron entónces rumbo á los Estados Unidos, pero fueron sorprendidos y hechos prisioneros el 21 de Marzo, en Acatita de Bajan, y conducidos á Chihuahua.

Hidalgo fué sentenciado á muerte. Despues de degradarle, fué fusilado el 1º de Agosto de 1811, y su cabeza cortada para ser expuesta en una jaula de hierro en la Alhóndiga de Granaditas.

Hidalgo, como dice acertadamente un ilustrado biógrafo, fué el precursor y creador de los demas héroes de la Independencia; á él le debemos á Morelos, que es el genio militar que México ha producido; á Guerrero, que continuó constante la revolucion, y hasta al mismo Iturbide que tuvo la fortuna de consumarla. A este último pretenden algunos atribuir exclusi-

vamente la gloria de haber libertado á la patria. No somos del número de los que así opinan, pues para ello necesitaríamos cubrir con espeso velo, borrar las páginas sangrientas en que la Historia nos enseña á Iturbide dando muerte á los primeros soldados de la libertad mexicana. Ardiente, incansable perseguidor de las huestes patriotas, le vemos conquistar grado á grado los brillantes oropeles que ostentaba su uniforme, en los campos de batalla, al frente de los que ansiaban sofocar el aliento generoso y noble de un pueblo que queria ser libre. Abrumado Iturbide con el peso de sus victorias, duérmese una vez, y ambicion tentadora le muestra en su sueño un trono rodeado de riquezas y medio envuelto en el humo de las lisonjas cortesanas. México entero anhela la libertad, y sucumbirá ántes que abandonar la ya comenzada lucha; allí, en las montañas del Sur, conserva Guerrero el fuego sagrado, y á la sombra de su bandera se agruparán todos. Iturbide, el jefe realista, abandona sus filas, y pasa á las de aquellos que siempre amaron la libertad y pelearon por ella hasta el sacrificio. Generosos éstos, dan al olvido los crímenes del valiente que pretende cobijarse con la bandera de Hidalgo, y él, soldado á quien la fortuna mima, encadena la victoria, y se realiza el pensamiento de Hidalgo.

¿Cómo es entónces que aun personas de clarísima inteligencia se atreven á sobreponer la gloria de Iturbide á la del anciano cura de Dolores?

A nuestro juicio depende esto de que Alaman, el historiador de más talento que hasta hoy ha narrado la guerra de Independencia, guiado por ideas de partido procuró difundir los errores que han extraviado la opinion de no pocas personas, sin que se le haya refutado por otro autor de mayor nombradía que él; pero la verdad histórica triunfará, y la grandiosa figura de Hidalgo ofuscará la de Iturbide.

HIDALGO CARPIO, Luis.

El doctor D. Luis Hidalgo Carpio, á quien puede con justicia llamarse el creador de la medicina legal mexicana, vió la primera luz en la ciudad de Puebla el 18 de Marzo de 1818, hijo de D. Joaquin Hidalgo y de D^a Juana Carpio, personas de muy limitada fortuna. Hizo sus estudios en el Seminario Conciliar de la misma ciudad, y sostuvo en 1835 un acto de matemáticas y física; vino á México y se inscribió en la Escuela de Medicina. Terminados con brillante éxito sus estudios, recibió el título de médico cirujano el 25 de Setiembre de 1843.

Un año ántes habia alcanzado la honra de ser admitido como socio de número en la Academia de Medicina.

Todas las corporaciones científicas del país le contaron entre sus miembros más distinguidos. Laborioso como pocos, el doctor Hidalgo Carpio contribuyó con sus escritos á la difusion de la ciencia por medio de la prensa.

En Octubre de 1843 fué nombrado adjunto en la Escuela de Medicina, y en Diciembre del propio año, secretario. Fué tambien en ese ilustre establecimiento catedrático de Patología interna, de Farmacología, de Fisiología, de Clínica externa y de Medicina legal. Esta última cátedra la desempeñó durante seis años.

En 1845 fué cirujano del ejército, y en 1846 profesor del Hospital Militar de Instruccion, habiéndole tocado prestar sus servicios durante la invasion americana. Acabada la guerra, prestó nuevos servicios en el Hospital de sangre, llegando á desempeñar el cargo de Jefe del Cuerpo Médico Militar.

Fundado el Hospital de San Pablo, el doctor Hidalgo Carpio fué su director desde 1850 hasta 1874. Mucho tendríamos que extendernos si quisiéramos referir la manera con que el sabio doctor desempeñó durante veinticuatro años sus funciones. No

ménos importantes fueron sus trabajos en el Consejo Superior de Salubridad de 1850 á 1861.

En 1869 fué nombrado adjunto á la Comision encargada de formar el Código Penal, y en Diciembre del mismo año presidia la Comision facultativa que se dedicó á esos trabajos.

“Nuestro médico-legista, dice el doctor Andrade en el discurso que pronunció en honra de su sabio compañero el doctor Hidalgo Carpio, no sólo se distinguió en su especialidad. Hábil, diestro y atrevido, practicó con complacencia la cirugía toda su vida, y en el hospital que fué teatro de su ejercicio, se venerará mucho tiempo su memoria. Todos los demas ramos de la medicina eran objeto de sus estudios en sus ratos de descanso. Cultivaba tambien con placer la química, de que hizo variadas y exactas aplicaciones á la toxicología. De sus conocimientos nos aprovechamos al redactar la Nueva Farmacopea mexicana, en cuya comision desempeñó un papel muy importante. Ejerció la medicina á pesar de sus muchas atenciones y de su quebrantada salud, hasta poco ántes de morir: la ejerció con conciencia, con caridad y con abnegacion. Trabajó mucho y murió pobre. Al lado del enfermo siempre se distinguia por su severo juicio y recto diagnóstico, sus consejos certeros y la originalidad de sus métodos curativos que fundaba en hechos de su vasta práctica. En el hospital, en la cátedra, en sus escritos, en las discusiones académicas y en su trato social, daba siempre pruebas del profundo saber que adquirió á fuerza de estudiar y trabajar.”

“Considerado como hombre científico, dice el doctor D. Lázaro Ortega hablando de Hidalgo Carpio, unia una profunda instruccion á una vasta práctica adquirida en los hospitales y en su clientela: médico concienzudo y cirujano atrevido, pero con aquel atrevimiento razonado y prudente que no va más allá de lo posible, era de los primeros en poner en práctica las nuevas adquisiciones de la ciencia. Las juzgaba con sangre fria y las desechara ó adoptaba, según los resultados obtenidos, sin que tuviera influencia en su adopción el capricho de la moda. Estaba provisto de aquel tacto médico que, si es cierto que se adquiere por la práctica, en algunas personas es como innato,

y tiene en las ciencias el mismo lugar que el genio en materias de arte. Como persona dedicada y trabajadora, pocas podrán competir con él: dedicábase por la mañana temprano á la práctica de los hospitales, el resto del dia á la civil, en la noche á la asistencia de una de tantas asociaciones á que pertenecia, atendiendo á la vez, ya á la redaccion de algun periódico científico, ya á la formacion de algun reglamento y á la escritura de sus propias observaciones, ya á la publicacion de alguna obra.”

Lo expuesto basta para dar una idea exacta de los méritos del doctor Hidalgo Carpio, en un trabajo de la índole del nuestro; sin embargo, no debemos omitir una noticia de la mayor importancia para los que deseen nuevos y más curiosos detalles acerca de la vida del sabio doctor de quien tratamos.

Al doctor Ruiz Sandoval se debe una biografía extensa, y por lo mismo completa, del Sr. Hidalgo Carpio; á ella tendrán que ocurrir los que quieran conocer todos y cada uno de los eminentes servicios del inolvidable maestro. El Sr. Ruiz Sandoval, con buen método, con claridad, con todas las circunstancias que requiere un estudio para merecer el nombre de acabado, escribió la biografía que se halla inserta en el tomo XIV de la *Gaceta Médica de México*. Allí están enumerados muchos de los más importantes trabajos del ilustre profesor; sus ideas sobre la situacion del médico en la sociedad, sus teorías acerca de ciertas definiciones legales, y sobre el suicidio; la descripción de un género de asfixia, nuevo en la ciencia; las precauciones que deben tomarse para alejar la posibilidad del enterramiento de personas vivas aún; sus estudios toxicológicos; sus experimentos sobre la coagulacion de la sangre en las heridas; sus procedimientos químicos, resultado de estudios propios; sus disquisiciones acerca del papel del cloral en la sangre; su método general de análisis de las sustancias venenosas; sus estudios comparativos de la sangre de los europeos y de los mexicanos.

No podemos resistir al deseo de reproducir lo que el Dr. Ruiz Sandoval dice respecto á la leccion en que Hidalgo Carpio expresó á sus discípulos, en 1869, sus ideas acerca de la conducta que en la sociedad debian observar.

“En este pequeño trabajo, dice el doctor Ruiz Sandoval, se encuentran reunidas bajo forma de consejos numerosas reglas, que, bien observadas, harían un médico-modelo de cada uno de los jóvenes á quienes eran dirigidas. En esos consejos se veían resaltar las virtudes que adornaban al Sr. Hidalgo Carpio: aconsejaba la *modestia*, porque él no gustaba jamás de hacer vana ostentación de sus conocimientos; aconsejaba la caridad, porque él, después de una profesión activa, ejercida por treinta y seis años, murió en la pobreza; aconsejaba la *armonía* con sus compañeros de profesión, porque él procuró siempre hacerse apreciar de sus compañeros; recomendaba que el médico tuviese *una religión* á que normar sus actos, porque él no comprendía que un hombre sin religión pudiese ser honrado en toda la plenitud de la palabra. Él tenía una ciega é inquebrantable fe en la verdad del catolicismo, y deseaba inculcarla en sus discípulos, porque—decía—jamás me he arrepentido, ni en mis momentos de felicidad, ni en mis días de tribulación, de haber sido educado en la fe de mis mayores.”

El doctor Hidalgo Carpio falleció en esta ciudad el día 12 de Mayo de 1879.

IBARRA, José.

Hemos recordado ya á Cabrera y á otros pintores que han legado á la posteridad un nombre glorioso, y vamos á pagar hoy igual tributo á uno de los artistas mexicanos más fecundos y, consiguientemente, más conocidos.

José Ibarra nació en la ciudad de México en 1688. Fué discípulo de Correa y contemporáneo de Cabrera, y siguió con ardor la novedad introducida por Rodríguez Juárez, exagerándola acaso, en algunos puntos, como en la predilección de los colores rojo y azul que prodigaba en sus obras.

La vida de Ibarra fué larga y laboriosa. Entre los muchos cuadros debidos á su pincel, citan los inteligentes *La Circuncisión*, varios lienzos que existían en San Ildefonso, y un *Calvario* que el Sr. Couto vió en Texcoco y que quiso comprar, sin conseguirlo, para la Academia de San Carlos, hoy Escuela nacional de Bellas Artes.

En una revista histórica de la pintura mexicana en los siglos XVII y XVIII publicada por un extranjero, se juzga á Ibarra no sólo como pintor de mérito, sino que se dice que fué quizá el mejor pintor de su siglo, después de Cabrera.

El erudito Couto en sus “Diálogos sobre la historia de la pintura en México,” dice lo siguiente:

“Lo más importante que de Ibarra conozco en México, son los dos lienzos que cubren las testeras del aula mayor ó general del colegio de San Ildefonso, y fueron pintados en 1740. El uno, que es el que da á la derecha como entramos, ofrece una especie de alegoría, no muy feliz á la verdad, en que se registran el Padre Eterno en la parte superior, San José con el niño en medio, y abajo los dos santos mártires, San Josaphat arzobispo y